

**Intervención de Kepa Bilbao Ariztimuño en la presentación/coloquio del libro *Ética y política en Maquiavelo, Weber y Marx*, con el autor del prólogo, Imanol Zubero, en la Bolsa del Casco Viejo de Bilbao.**



Ezkerrean Imanol Zubero, eskuinean Kepa Bilbao

**Eskerrik asko Imanol esan duzun hitzakaitxik. Eskerrak ere Kultura Irekia, bereziki Mikeli aurkezpen hau antolatzeagatik. Arratsaldeon danori. Elkarrizketa hasi baino lehen lerro gutxi batzuk prestatu ditut liburuaren zergatia eta helburua azaltzeko.**

El libro nace, o es producto, de una doble preocupación, a veces vivida con decepción y otras con enfado. Preocupación general por la situación que atraviesa la política y su relación con la ética y, preocupación, en particular, en mi caso, por la forma en la que se vive y piensa esta relación en las izquierdas. Por la ausencia de reflexión ética en la acción política y, porque cuando se da, suele ser bastante habitual, sobre todo en las izquierdas institucionales, recurrir a *la ética de la responsabilidad* de Weber para justificar un pragmatismo político, “realista” y amoral, es decir, comportamientos criticables desde el punto de vista moral, afirmando que la política es cuestión de responsabilidad, no de otra cosa, o, cuando, por parte de cierta izquierda, se recae en visiones idealistas o relativamente simplistas del kantismo ajenas a los resultados, a veces catastróficos; o pragmáticas del utilitarismo, siendo, en este caso, muy acusada la tendencia a justificar cualquier medio si se cree útil para alcanzar los fines perseguidos.

Hace años leí un trabajo de los profesores Daron Acemoglu y James A. Robinson, fruto de una investigación que les llevó más de 15 años, al que titularon *Por qué fracasan los países. Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*, cuya conclusión



central era que, en todos las épocas históricas estudiadas, lo que más influye en la prosperidad de un país no es el clima, la geografía o la cultura, sino las instituciones públicas, los líderes políticos de cada país.

Preocupación general, digo, por las consecuencias de la degradación del discurso público que lo impregna todo, por el aumento del descrédito de las instituciones, los partidos y por el alejamiento cada vez mayor de la gente de la política, sobre todo de la juventud.

La pregunta clave a mi modo de ver es si este guirigay que estamos viviendo en la política y en los medios responde solo a una estrategia electoral o es el espíritu de nuestro tiempo, o las dos cosas.

¿Están en juego nuestras libertades conquistadas en el último siglo, hay un peligro de vaciamiento de las democracias liberales?

Y digo esto, porque no solo hay una fatiga creciente de la población con los políticos, con los partidos... sino que, para ciertos sectores, mayormente de perdedores de la crisis pospandémica y de la hiperglobalización, la

fatiga está siendo también con la democracia misma por su incapacidad de atender sus demandas más acuciantes y básicas, una de las claves para entender la emergencia de la extrema derecha en el continente europeo y americano.

Si para los nacidos en los años 30 vivir en democracia era esencial para un 53 % de los europeos y más del 70 % de los norteamericanos, para los nacidos en los 80 los valores caen, en Europa del 53% al 31% y en EEUU del 70% al 43 %.

De acuerdo con la última edición del *Latinobarómetro*, a casi tres de cada 10 latinoamericanos les da lo mismo un régimen democrático que uno no democrático. Y, según un estudio de la *Vanderbilt University*, en la mayoría de los países de América Latina y el Caribe, más del 50% prefiere un sistema que garantice asistencia material a uno que garantice elecciones.

En la encuesta sobre las instituciones del último CIS, publicado a finales de noviembre, son los **partidos y los sindicatos** los que peor valorados salen. Las organizaciones políticas obtienen una media de 3,7, y la mínima confianza del 27,2% de los encuestados. Las organizaciones sindicales obtienen aún peor valoración, un 3,66 de media y el mayor grado de desconfianza

(31,8%). Así mismo, en un reciente artículo de *The Economist* se detalla que la confianza en los partidos políticos en España es solo del 8%, frente a la media europea situada en el 18%.

Esta imagen negativa de la política llega al extremo de estar interiorizada hasta por algunos de los propios representantes políticos. Por ejemplo, cuando recientemente a raíz de la huelga de los sanitarios en Madrid, la máxima autoridad política de la comunidad dijo, no se si consciente o inconscientemente, sin ningún escrúpulo, que la huelga sobre la sanidad estaba politizada, como si pudiera haber una huelga que no fuera política, lo que está diciendo de la política esta representante es que es un ejercicio sucio que no debe mezclarse, en este caso, con los servicios públicos y la vida de la gente. Lo dice alguien cuya profesión es la política. Un auténtico disparate. Otro ejemplo, en la línea de desprestigiar la política, este, proveniente de un intelectual de gran influencia, es el que leí en un periódico conservador al que no se le ocurrió mejor idea que tras la entrevista que le hace a Vargas Llosa abrir la noticia con un titular que dice así: Vargas Llosa “La política corrompe profundamente a los seres humanos”. Así de redonda, sin matices, que interpretada en su literalidad, no se puede deducir otra cosa que la política es una profesión de corruptos, ergo, ¡ciudadano!

¡ciudadana!, desconfíe de la política, aléjese de la política y de los políticos.

Estas declaraciones de referentes públicos de gran audiencia no hacen más que ahondar la brecha abierta cada vez mayor entre la ciudadanía y la política...

La pregunta es: ¿A quién interesa este tipo de mensajes, a quien beneficia?

Ya se que este descrédito moral de la política no es nuevo y que viene de antiguo identificarla sin más, como lo ha hecho Vargas Llosa en esta entrevista, con la corrupción, o el engaño, la mentira, la deslealtad, el lucro y la manipulación de las gentes.

Y, al mismo tiempo que la política es vista como la maldad, la ética sería la bondad y el remedio a los problemas políticos a través de la mera aplicación de un código ético. Y, ¡no! Pensar, como hacen los fundamentalistas o dogmáticos éticos, que puedes solucionar los problemas políticos con máximas de ética, no nos lleva a ninguna parte, ya sea esta **la ética kantiana** de no hagas aquello que no puedas convertirlo en ley universal o no trates a la humanidad que hay en ti y en los demás solamente como un medio sino como un fin, o bien sea **la ética utilitarista**, aquella que dice que

aplicando el principio más ético del *mayor bienestar para el mayor número de gentes* basta para resolverlo todo.

Hay Éticas (con mayúscula) mucho peores que algunas políticas (con minúscula), y la peor de todas las Éticas (con mayúscula) es aquella que se basa en la creencia del carácter demostrativo de la Ética, de una Ética sin divergencias que lo funda todo.

Así mismo, también hay que decir que esta opinión negativa sobre la política, a la que no le faltan argumentos evidentemente, aunque sean expresados de una manera simplificadora y absolutista, suele enmascarar, a menudo, la infundada presunción acerca de la maldad estatal enfrentada a la inmaculada pureza propia de la sociedad y de los individuos.

Pues bien, esta preocupación, que no tengo duda es compartida por los y las aquí presentes, es la que me puso en la tarea de reflexionar tanto sobre la ética como sobre la política, sobre su relación en la historia del pensamiento desde el lugar clásico de nacimiento de ambas en Occidente, la Grecia de Aristóteles.

Una relación singular que no ha perdido actualidad. Tanto es así, que después de 25 siglos en Occidente debatiendo si la vida pública es o no conciliable con principios y normas morales, seguimos aquí hablando

sobre ello.

Lo primero que uno comprueba cuando estudia el tema desde sus inicios es que frente al concepto muy empobrecido y peyorativo de la política en nuestras sociedades, los clásicos, en concreto Aristóteles, tienen una concepción muy noble de la política y de lo político, de la política como actividad, como praxis, y de la política como conocimiento teórico o ciencia entrelazada con la ética.

Aristóteles, desde las primeras páginas de su *Ética a Nicómaco*, afirma la preeminencia de la política, viniendo a ser la ética “una parte del saber de la ciencia política”.

Concibe la política, entre otras cosas, como aquel ámbito de reflexión que debe tratar de encontrar y articular leyes que resulten más óptimas a fin de hacer posible una vida virtuosa para todos los ciudadanos. Solo una ciudad que favorezca la virtud podrá generar unos humanos virtuosos.

Aristóteles señaló que, para cumplir con los fines de la política, los gobernantes han de ser personas “**de mérito moral**”. En la cultura clásica romana, de aquellos que ejercían la política con ética se decía que tenían *decorum*; tener *decorum* era garantía de ser un político



honesto, discreto y que actuaría de manera correcta y justa.

Los clásicos tenían claro que quien ejerciera la política, no concebida como una profesión de especialistas como actualmente, debía contar forzosamente con una buena formación acompañada de una serie de virtudes para poder tener un gran sentido de justicia.

La ética empieza a desarrollarse, en la Grecia clásica, con el concepto de virtud/virtudes que son esas cualidades que debe tener el político que es el hombre libre que se dedica a la vida pública. En la modernidad, el concepto está más ligado al deber, a normas, se acerca más al derecho. Actualmente se intenta ligar más la ética a la práctica, el conocido como *ethos profesional*, la ética ligada a las distintas profesiones (al personal sanitario y a los docentes, a los juristas, ingenieros, arquitectos, empresarios o economistas y un largo etcétera) cada una de estas actividades humanas con su propio marco ético, el cual determina una serie de reglas conformes a la profesión.



Si un ciudadano de la Atenas de Pericles del siglo v a. c., o un romano del siglo I vinieran a nuestro mundo se quedarían muy sorprendidos de nuestros avances técnicos, etc., etc., pero otras cuestiones les resultarían familiares: el miedo, el odio, la ambición, la guerra, los abusos... por supuesto, los actos de solidaridad, el amor. Hay muchos problemas esenciales de cómo organizar nuestras vidas que permanecen inmutables desde que tenemos registro de la vida de los seres humanos. Esos problemas esenciales tienen que ser reflexionados. No podemos llamar a un experto en vivir para que nos los solucione, que nos provea de un manual o un recetario. Cada persona debe reflexionar sobre cómo

desea vivir. A eso se llama ética, que no es un código cerrado de normas. La ética es la reflexión sobre aquello que es valioso para la vida, lo que hace la vida más digna de ser vivida por un ser humano. La ética no es algo que yo sé y os lo explico, es la reflexión que cada uno hace sobre su propia libertad, de cómo vivir, como vivir mejor, no es un código de lo que hay que hacer.

¡Ojo! Esto no quiere decir que en las ciudades-estado, en la polis griega, no haya habido conflicto entre la conciencia moral del individuo y las leyes de la comunidad. Algunas de las más interesantes tragedias griegas se basan en la consideración de ese conflicto.

Este concepto noble, normativo, de la política de Aristóteles, no siempre se ha correspondido con lo que realmente sucedía en la polis griega. El enriquecimiento espiritual y personal de los ciudadanos que participaban políticamente en la polis estuvo basado en una rígida división social del trabajo y en la existencia de esclavos. En la Grecia antigua, el ciudadano libre era el único idóneo para las tareas políticas, como no lo eran ni los esclavos, ni los metecos (extranjeros) ni las mujeres. La libertad era un bien restringido, al igual que la capacidad de decidir los asuntos del Estado. Una libertad que acaba reduciéndose a aquellos hombres mayores que son a un

tiempo ciudadanos de una polis, dueños de una hacienda y jefes de una familia. Atenas contaba con una población cercana a los 400.000 habitantes en torno al 430 a. C., pero tan solo unos 40.000 podían participar.

Con esto quiero subrayar que la acción política ha sido desde su principio clásico una actividad internamente contradictoria.

Para que nadie idealice ninguna situación, recuerdo, que la época que vivió Aristóteles estaba marcada por una profunda inestabilidad. Él mismo fue obligado dos veces a abandonar Atenas por motivos políticos e inhabilitado, en su calidad de extranjero residente, para tener propiedades y participar activamente en la vida política y religiosa. Sabía demasiado bien que valorar la ciudad y las actividades que tienen lugar en ella era preocuparse por realidades sumamente precarias.

**Pensar sobre ética y política implica pensar sobre ética.** Algo que no es muy frecuente. Actuamos normalmente conforme a determinadas pautas de moralidad interiorizadas a través de la costumbre. Y este es mi principal interés, pensar la política desde una perspectiva ética. Pero si partimos del hecho de que la posibilidad de conflicto y tragedia no puede ser nunca eliminada por completo de la vida humana, personal o social, no nos vale cualquier ética y menos las que no

contemplan la existencia del conflicto moral. No todas las éticas “modernas” contemplan la existencia del conflicto moral. La ética de Kant, el utilitarismo, el perspectivismo nietzschiano, el relativismo en general, no lo reconocen.

Se necesita una ética que asuma las paradojas de la política, el conflicto de valores, el hecho de que algunos bienes chocan inevitablemente, entran en contradicción, en el que la consecución de bienes puede ser que dependan de males, o las presupongan, y las buenas acciones contengan, o impliquen malas. Hacer de la libertad un valor absoluto supone renunciar a contener las desigualdades que se desprenden del uso de la libertad económica por los más poderosos; el colectivismo desmedido, por otro lado, merma la autonomía individual y el pluralismo. Alcanzar la paz puede ir unida, en muchas ocasiones, a medios moralmente dudosos, indeseables o al menos peligrosos, como emprender una guerra, y así tener que contar con la posibilidad de que se produzcan consecuencias negativas tales como la muerte de población inocente, entre otras calamidades. Una acción buena no siempre es recompensada, incluso la bondad o la verdad generan efectos negativos para quienes las practican. El bien y el mal no están separados por una muralla,

están indisolublemente ligados y mezclados formando un continuo que escapa a la voluntad del que obra. Como dice Weber, no es cierto que del bien solo puede resultar el bien y del mal el mal, “frecuentemente sucede lo contrario. Quien no ve esto es un niño políticamente hablando”.

No hay duda que la lectura de los clásicos tiene mucho que aportar a la reflexión sobre ética, aunque bien es verdad que abordan este tema -y otros- en un contexto más simple que el nuestro. En la polis griega, en las ciudades-estado, existía en lo que respecta a los códigos morales, una cuasi uniformidad moral y, por otro, la política vivida por los clásicos no tenía las complejidades de las sociedades modernas.

Probablemente estemos en un tiempo en el que hablar de “ética política” parezca un oxímoron, una contradicción en sus propios términos. Esta pareja parece caminar por senderos separados. La política se ha ido independizando de la ética y sucumbiendo a un “realismo sin principios” y al “pragmatismo sin convicciones”. Lo más peligroso de este *cuasidivorcio* es que se asuma como natural.

Cuando la crispación y polarización política es muy aguda como está ocurriendo hoy en España, en EEUU,

Brasil y en otros países, una de las primeras víctimas es la ética, basta que recordemos situaciones similares o más graves de nuestra historia mas reciente, o la más lejana del 36, para comprobarlo.

Las virtudes que dirían los clásicos, los valores o cualidades morales, como las llamaríamos ahora, que deben exhibir los gobernantes y demás miembros de las instituciones políticas hace tiempo que quedaron desplazadas, que dejaron de jugar una función importante y dieron paso a los intereses individuales y su convergencia como aglutinantes sociales.

Inmersos como estamos en una sociedad de competencia y en una cultura basada en principios de independencia, individualidad y propiedad, resulta cada vez más difícil respetar y practicar principios y valores colectivos como la solidaridad, la cooperación o la generosidad. Nuestros políticos están demasiado obsesionados por sus intereses personales y partidistas.

Los políticos huyen de todo lo que sea plantear problemas de valores o cuestiones de principios, reduciendo la gestión a un trato por “intereses”.

La función del político debería volver a alcanzar la imagen de rigor, de pulcritud, que tuvo en el pasado. La

cuestión es cómo hacer posible esto y si acaso es posible.

## **¿Por qué he acotado la reflexión a Maquiavelo, Weber y Marx?**

En la historia del pensamiento sobre la tensión entre ética y política, así como el conflicto moral que surge en la acción política, Maquiavelo y Weber son dos referentes imprescindibles en los que hay que detenerse, y si se desea indagar en las actitudes de los partidos de la izquierda en relación con la ética, es obligado recurrir a la historia del pensamiento que las inspiraron, a su figura central, Marx.

En concreto, en el caso de **Maquiavelo** destaca que es un pionero en el complicado tránsito del pensamiento político antiguo al pensamiento político moderno. Para Isaiah Berlin, en la historia del pensamiento político occidental hay tres grandes puntos de inflexión. **El primero** se produciría entre la muerte de Aristóteles y el auge del estoicismo. **El segundo**, sería el provocado por Maquiavelo (por la revolución que supuso su secularización y autonomización de la política, su rechazo de la moral cristiana dominante en el medievo, no desde la amoralidad, sino desde otro universo moral no trascendente ni de principios y valores absolutos, que Berlin calificó de pagano. Todo esto era nuevo y



desconcertante. Con él, se puede decir, llegó el escándalo), y el tercer punto de inflexión se daría con la aparición del romanticismo a finales del siglo XVIII, principalmente en Alemania.

**En cuanto a la elección de Weber**, porque introdujo un tema que se ha hecho famoso en la historia del pensamiento de la ética en política, la controversia o mejor la relación y tensión trágica entre dos planteamientos éticos en el ámbito de la actividad política: la “ética de la convicción” —donde se siguen creencias o ideales— y la “ética de la responsabilidad” —donde se decide en función de las consecuencias—. La elección de **Marx** viene dada por la influencia que su posición de desconsideración de la moral, identificándola con la moral victoriana, con el moralismo o con meros sermones, ha tenido entre sus seguidores y en el pensamiento emancipatorio en general.

Mi interés es reflexionar con o a través de ellos sobre nosotros, sobre nuestra realidad actual, es compartir con vosotros y vosotras estas reflexiones sobre la relación de la ética y la política, como dos nociones, en mi opinión, irremediablemente relacionadas y sometidas a una constante tensión y, a menudo, en contradicción.

Creo que la búsqueda de un equilibrio entre la ética y

la política para la salud de la vida pública es una tarea necesaria pero complicada, siempre cuestionable y problemática, que no tiene un modo único o, incluso, satisfactorio de resolución. Lo comprobamos constantemente en muchas de las cuestiones públicas disputadas. Así ocurre con temas como el de la pandemia, con la invasión de Ucrania, la inmigración, los refugiados, los problemas lingüísticos y territoriales, la política fiscal y económica, las cuestiones medioambientales, el aborto, la ley trans, la eutanasia, los dilemas derivados de la ingeniería genética y los relacionados con la bioética, por citar solo algunos casos. De ahí que la elección en los dilemas que surgen en estas cuestiones sea siempre uno de los principales problemas de los que hacen política y que se dé tanta importancia a la *virtù*, a la calidad política y moral, de los agentes políticos que deben hacer frente a ellos.

El buen político es el que se enfrenta problemáticamente a las “inevitables antinomias de la acción”, pero actúa responsabilizándose de sus decisiones. Es preferible un político que no oculte los problemas, exprese sus dudas y plantee las posibles soluciones con sus beneficios y costes correspondientes, al que oculta los problemas y siempre cree tener una respuesta infalible y redonda para cada uno de ellos, lo mismo que es preferible un ciudadano deliberativo y

crítico al mero holigan o seguidor de consignas.

El libro no es un recetario de soluciones, de hecho encontraréis más preguntas que respuestas, como no podía ser de otra manera en un tema tan complejo y peliagudo,

En cualquier caso, el debate esta abierto desde que se inició, ha seguido abierto en las cabezas de los autores aquí analizados y seguirá abierto en el futuro.

Kepa Bilbao (20-12-22)